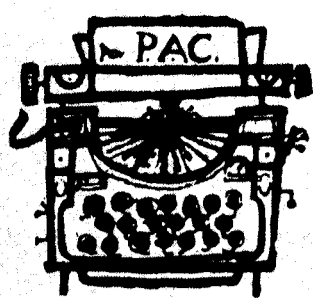


escrito a máquina



## El Rostro ante el Espejo

Yo escribí "El Nicaraguense" saliéndome de Nicaragua. Fue al observar a otros pueblos que comencé a conocer el mío. Nicaragua la llevaba en mí, pero la llevaba como lleva uno su rostro que sólo lo conoce cuando lo refleja en un espejo. Lo reflejé en el espejo de España, en el de México, en el de muchos países de América del Centro y del Sur y fui advirtiendo rasgos propios que por ser propios no había advertido antes. Luego, para no equivocarme, busqué la huella de esos rasgos y características propias en nuestra cultura: en el folklore, en la arquitectura, en la literatura, en la historia, en las costumbres. Fue en esos rasgos que tracé el boceto de nuestra personalidad cultural. Pero para descubrirlos tuve antes que extranjerizar un poco mi ojo: volverme a ver desde fuera. Generalmente uno no se da cuenta de su propia situación si no la compara con la del vecino. Si uno decae lentamente, si uno por vicio o por empobrecimiento gradual va perdiendo situación, vistiendo cada vez peor, vulgarizando sus formas de vida, no se da cuenta. Es el que no nos ha visto durante mucho tiempo el que nota nuestro envejecimiento, o nuestra decadencia. Es el que nos conoció antes y nos ve mucho después el que se asusta, por la comparación, de lo que un hombre ha cambiado sea por obra del tiempo, sea por obra de la enfermedad, sea por obra del vicio o de la miseria. Esto mismo pasa en las colectividades y pueblos. La decadencia no se advierte, el envilecimiento no se advierte, la pérdida de la propia fisonomía colectiva no es fácil advertirla salvo por un esfuerzo de reflexión y autocomparación que rara vez se afronta.

Nicaragua, en general, no ha caído en la cuenta del pavoroso proceso de descomposición (y decadencia política y ética) que ha recorrido en estos últimos años. No se ha percatado de todo lo que ha perdido. El pueblo nicaraguense —como decía un joven filósofo— está llegando "a una situación límite" de su propio ser nacional, está a punto de dejar de ser lo que era; pero como el proceso de socavamiento ha sido interno y de mutuo contagio, son muy pocos los que sacan, siquiera los ojos, fuera de las aguas negras que nos arrastran, para establecer comparación y mantener una escala de valores.

Sacar la cabeza fuera: tener ojos ajenos para mirar lo propio: esta era una de las características del nicaraguense, la cual, junto con todas las demás que nos daban una personalidad como pueblo, estamos a punto de perder. La cabeza agachada no era lo propio de nuestro pueblo. La cabeza sumida no era de este país de Estradas, Rafaelas, Rubenes y Sandinos. Nos defendía una irreductible ironía anti-provinciana. Una vez uno de los grandes escritores mexicanos (que había conocido y tratado a muchos nicaraguenses) me dijo: "ustedes los nicaraguenses son tan piosos como nosotros, pero ustedes tienen una ventaja: que saben que tienen piosos y se rascan". Alguien dijo que los bárbaros eran bárbaros porque no sabían que eran bárbaros. La civilización comienza cuando el bárbaro se da cuenta de que es bárbaro. Nosotros teníamos en nuestro organismo ese germen dinámico de salvación. Lo estamos perdiendo o lo hemos perdido ya.

Sin embargo, cuando se va agotando la regla, quedan, para su confirmación, las excepciones. Esta semana un nicaraguense tuvo el garbo de decirnos en nicaraguense, en nuestra vieja lengua áspera y sincera, la dolorosa verdad. Me refiero al Dr. Carlos Romero Sánchez, un compatriota, sociólogo, que se marchó del país a raíz del terremoto del 31 y que volvió a su patria cuarenta y dos años después. Volvió con el ojo limpio, imparcial, capaz de comparar y —por lo mismo— de ver y medir el grado de nuestra descomposición nacional.

—"Qué es lo que más impresiona a un nicaraguense que vuelve a su patria después de 42 años de ausencia? le pregunta el reportero. El periodista esperó la respuesta cajonera: la tremenda destrucción del terremoto. Pero no. Lo que más le impresiona es: "la sensación de hallarse en una región del mundo donde, pese a que se miran cosas pertenecientes a la civilización, la vida se desenvuelve en forma primitiva y bárbara".

El Dr. Romero no se refiere, al decir esto, a la situación o a la forma de vida de los damnificados por el terremoto. Habla del trato social o económico de unos nicaraguenses con otros, habla del sistema, habla de las relaciones

humanas entre autoridad y ciudadanía. Lo observa y siente su impacto desde la entrada misma al aeropuerto. ¿Con qué ilusiones habrá puesto pie en su tierra? Pero.

—"Con sólo bajar del avión y enfrentar a los encargados de Migración o de la Aduana —dice— ya se siente la presión, el tratamiento al viajero como si fuera un delincuente, alguien que debe ser tratado con dureza".

¿Quién (salvo "ellos") no ha sentido esa ingrata impresión de entrar a su propia patria como un enemigo?

Esa cara hostil es la de la autoridad en todos sus escalafones, es la del empleado público, y por contagio ha pasado ya a ser la cara del dependiente, la del cobrador, la de todo el que adquiere un poco de mando e incluso la del mandado y la del sometido.

Y el sociólogo agrega: —"No es que los nicaraguenses tengamos una voz sin flexiones, inarmoniosa; son los rostros duros, las expresiones, como si se tratara de la relación entre una persona acusada de algo y un acusador inflexible".

Ese rostro duro y enemigo (más el culatazo, más la jayanería) ha sido la escuela, la cátedra de 40 años recibida por nuestro pueblo. Y cuál el resultado?

—"El modo de ser nicaraguense— dice el Dr. Romero que salió de Nicaragua hace 42 años— HA SUFRIDO UNA DEFORMACION DE TAL NATURALEZA que pasarán muchos años para que reencuentre su pasado que le hizo famoso como ser afectuoso, servicial, cultor del compañerismo".

Todos los viajeros y cronistas que pasaron por nuestro país en siglos anteriores y a comienzos de este mismo siglo coinciden en describir al nicaraguense como un ser cordial, abierto, generoso y desprendido con los demás y amigo franco. ¿Pero, cuál es la imagen que la televisión llevó del nicaraguense a todos los rincones del mundo a la hora del terremoto? ¿Qué se dice, qué dijeron todos los diarios del mundo, de la forma como nos "ayudamos" y tratamos en el momento del dolor y de la muerte? Y nosotros mismos, que vimos y aún vemos cómo casi se ha agotado no sólo nuestra proverbial generosidad, sino hasta el más elemental sentido humano ¿qué pensamos?

¿No es triste y bochornoso que la imagen de nuestro pueblo (¡la NUESTRA!) que comienza a circular en el mundo sea la de unos salvajes que se devoran y despojan entre ellos aún en los momentos más dramáticos? Hace apenas seis años, cuando el Centenario de Rubén Darío ¿no fue otra la imagen del nicaraguense que circuló por el mundo gracias al telón de poesía levantado por su obra y su genio? Y ahora ¿gracias a quién y a qué cotizamos más bajo que Haití y que Biafra?

¿Será algo valioso lo que hemos perdido o estamos ya por perder? ¿Vale la pena preocuparse por esa pérdida? ¿Qué dicen los Incaes, y las universidades y los maestros que forman al nicaraguense de hoy? ¿Importa que se pierdan esas sustancias éticas y políticas del "ser nicaraguense" o sólo importan las cifras de nuestra producción mermada o de nuestra balanza de pagos?

... El Dr. Romero, antes de partir, puso el dedo en la llaga de las causas: —"Lo que he visto, dijo, es más doloroso que la dureza nazi durante la ocupación de París. Los nazis se empeñaban en darle a los parisinos la apariencia de que querían interrelacionarse con ellos. De que no eran unos usurpadores, aunque claro, los hechos los desmentían; pero el empeño era notorio. En cambio aquí...".

Y el reportero le pregunta: — ¿Se hace verdad en Nicaragua el viejo decir de que los pueblos tienen los gobiernos que se merecen?

Y el sociólogo responde: — "Da un poco de pena, después de ser uno fugitivo de su país, volver a hacer la radiografía desde la cómoda posición de viajero. Si el pueblo nicaraguense eligiera de veras a sus gobiernos, tal vez el viejo decir que usted menciona, tendría validez. Pero aquí lo que hay es una gran usurpación. Una especie de fraude generalizado sostenido con mentiras cotidianas". Etc...

"Usurpación". Esa es la palabra clave. Porque no se trata solamente de una "ilegitimidad" sino de "usu-rapio" (arrebatar sin derecho), "quitar a otro lo que es suyo", incluso su fisonomía moral, su personalidad, su sustancia de pueblo y su imagen ante el mundo.

PABLO ANTONIO CUADRA.